

MI BARRIO

La ciudad de Rubén Darío

Tras los pasos del inventor del modernismo en el centenario de su muerte.

POR JOSÉ ALEJANDRO ADAMUZ

Bajo como puedo del abarrotado *chicken bus*, uno de esos viejos autobuses escolares estadounidenses que han pasado a tener una segunda vida mientras recorren las carreteras de Nicaragua. Parece un milagro que aún anden.

Acabo de llegar a León, la ciudad de Rubén Darío. Recuerdo el poema de la princesa que estaba triste y nadie sabía qué tenía, y a quien se le escapaban suspiros de su boca de fresa. Esquivo un bicitaxi, contemplo los edificios coloniales que flirtean con la decadencia; una gallina anda suelta, suenan las campanillas de los carritos de helados, hay vendedores callejeros en cada esquina. El cableado visible en una maraña infinita se recorta sobre un cielo azul, los limpiabotas quieren lustrar mis zapatos polvorientos de mochilero... Tal vez la princesa se sentiría extraña entre tanto atropello y alboroto, pero a mí me gusta esta sensación de movimiento, de desorden, de que la vida es tan fugaz que no merece la perfección, sino solo vivirla.

León es una de las ciudades coloniales más bellas de América. Para encontrar el centro histórico de todas las ciudades

coloniales hay que ir al **1. PARQUE CENTRAL**. Las calles están numeradas y es mejor buscar la sombra de los aleros de las casas si uno no quiere que el sol, que cae a plomo, lo agote rápido. En el parque ondean las banderas de Nicaragua y la del Frente Sandinista. Delante está la **2. CATEDRAL DE LEÓN**, con la tumba de Rubén Darío, y a mi espalda, el **3. MUSEO HISTÓRICO DE LA REVOLUCIÓN**, con la imagen de Augusto Sandino. En 360 grado los dos personajes que mejor expresan el sentir nicaragüense.

El Museo de la Revolución ocupa un edificio con huellas visibles de la guerra en su fachada, la cual amenaza con derrumbarse. Probablemente lo haría, si no fuera por el esfuerzo de sus ocupantes, un grupo de veteranos sandinistas con pocas medallas y muchas cicatrices. Los veteranos aguardan a los visitantes para ofrecerles, por pocos córdobas, una visita guiada entre reliquias, recortes de prensa, fotografías y antiguas armas, mientras explican cómo fue la guerra. Al pasar por unas salas abandonadas de la planta superior y por

Las construcciones de la iglesia de la Recolectión, en León, Nicaragua, iniciaron en 1786.



En sentido de las manecillas del reloj: fachadas tradicionales de las construcciones antiguas de León. La Catedral de León, de estilo barroco. La vida cotidiana en Nicaragua.



¿LO SABÍAS?

Rubén Darío no nació precisamente aquí –lo hizo en Metapa, hoy conocida como Ciudad Darío–, pero al mes de su alumbramiento ya era un orgulloso residente de León.

unas estrechas escaleras, se llega a la cubierta del edificio ruinoso, pero que, como un tesoro, tiene unas vistas fantásticas de la ciudad, con los volcanes Cerro Negro y Telica de fondo, enganchados en el horizonte.

La catedral de León es la mayor de Centroamérica y fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, título suficiente para albergar la tumba de Rubén Darío, el inventor del modernismo, el poeta enamorado que se bebió todo lo bebible y al que, a pesar de morir a la temprana edad de 49 años, le dio tiempo de escribir algunos de los mejores versos de la literatura en castellano. Al fondo de la nave, pisando el frío mármol, llego a su tumba. Hay misa. Todavía, en Nicaragua, la religiosidad llena iglesias. *Tempus fugit*, al final tenía razón el poeta: la muerte acabó atrapándolo, pero pienso que, desde su tumba, le gusta escuchar el sonido de las campanillas de los carritos de helados y raspados del Parque Central.

“Y León es hoy a mí como Roma o París”, dejó escrito Rubén Darío como un final antes de morir. Pero, también, León

es como el ambiente de un niño prodigio que a corta edad ya sabe hablar en verso. **4. LA CASA DE LA TÍA BERNARDA** fue donde el poeta comenzó a dedicarse a las letras. Hoy, esta casa colonial rehabilitada es sede del Museo Rubén Darío y en ella se muestra la intimidad de Félix Rubén García Sarmiento, el verdadero nombre del poeta. El lugar tiene mucho de espacio fetiche: en sus salas se exhibe la cartilla en la que el poeta aprendió sus primeras letras, el traje que usó como cónsul, una licorera de uso personal, sus libros, el traje blanco que vestía cuando murió, el lecho donde agonizó, la fotografía que le tomaron moribundo.

Su muerte fue precedida de un eclipse, porque, cuentan los leoneses, el sol estaba triste de que otro sol se estuviera apagando. Después de que se disputaran su cerebro, lo enterraron con gran pompa y platillos. Fue la de Rubén Darío una vida de peregrinaje, pero al final de sus días supo volver a León, aunque con su muerte se llevó el secreto de lo que le ocurría a aquella princesa que estaba triste y a la que se le escapaban suspiros de su boca de fresa.